

## EL CENTENARIO DE LA OBRA LITERARIA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ (Presentación del Cartel Conmemorativo)

El 22 de agosto de 1936, en plena guerra civil, el poeta Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí salieron de España cruzando los Pirineos, tal vez sin presentir aún que jamás volverían. Cuatro días más tarde abordaron en Cherburgo el trasatlántico Aquitania con rumbo a Nueva York. Sin embargo, no fue la gran urbe su destino de entonces, sino Puerto Rico, donde la pareja permaneció durante dos meses antes de establecerse, por dos años, en la vecina isla de Cuba. En marzo de 1951, después de haber vivido en diversas ciudades de los Estados Unidos, Juan Ramón y Zenobia volvieron a Puerto Rico, donde, al cálido amparo de la Universidad, permanecieron hasta el final de sus vidas.

El exilio de la pareja en este lado del Atlántico comenzó y terminó en Puerto Rico. El poeta anotó esta experiencia circular en un borrador de 1952: "Mi tercera época empieza en Puerto Rico y ahora estoy en Puerto Rico terminándola; la primera empieza casi en mi viaje a Francia; la segunda en mi viaje a América para casarme; la tercera, con mi segundo viaje a América. ¿Terminará con mi último viaje desde esta 'isla de la simpatía' a lo absoluto o, como dice mejor mi mujer, a la armonía eterna". Y así fue, desde esta isla de la simpatía partieron ambos, primero Zenobia, después Juan Ramón, hacia el absoluto entrevisto en los más altos versos del poeta.

Alfonso Alegre Heitzmann, el editor de la poesía última de Juan Ramón, escrita en su exilio en América y recogida bajo el título de *Lírica de una Atlántida*, ha reconocido la importancia de la estadía del poeta en Puerto Rico en lo tocante al proceso de su escritura. "Según he podido comprobar en los distintos proyectos manuscritos del poeta, hay dos épocas esenciales en las que se gesta el proyecto último de la Obra de Juan Ramón...: el año 1949 y la primera mitad de 1950 —la época final de los Jiménez en EE.UU., cuando vivían en Riverdale—, y entre

1952 y 1954, cuando ya se habían trasladado a Puerto Rico”.<sup>1</sup> Más adelante, Alegre Heitzmann precisa lo siguiente: “En Puerto Rico... Juan Ramón hará el último y desesperado intento por construir el proyecto final de su Obra y a la vez escribirá, entre fines de 1951 y el verano de 1954, su último libro, libro que la muerte —la de Zenobia primero y la de Juan Ramón después— dejará inacabado”.<sup>2</sup> El libro al que se refiere Alfonso Alegre se titula *De ríos que se van*, y su manuscrito es parte del rico acervo de la Sala Zenobia y Juan Ramón.

Refiero lo anterior para subrayar que la estadía final de Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico no fue la del pensionista jubilado que se acoge al buen morir, sino una de las épocas esenciales de su producción poética, y una de las más dramáticas de su existencia. “Morir —escribió el poeta, transido de viudez presentida, tal vez en algún lugar de este campus— es no oír más esta música cálida que está sonando ahora; no oír la de la mano del amor. Es no oír más la mar esta que suena con la música, el silencio que escucha, de la luna; no oírlos de la mano del callar. No oír más lo que clama el dolor con el amor, lo que grita el amor con el dolor, a esta música cálida que ahora está sonando sobre el son de las olas de la mar, son de las olas de la mar, las olas de la mar, de la mar”.

Hace bien pues el Sistema de Bibliotecas de la Universidad y, en particular, la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, al no permitir que pase inadvertido el centenario de una de las obras cimeras de la poesía moderna, obra que, puesta en marcha en el año 1900 con la publicación de *Ninfeas*, culminó medio siglo más tarde en Puerto Rico, con la redacción de *Los ríos que se van*. El cartel que a los efectos de esta conmemoración ha preparado el artista Edgar Jiménez Ferrer recoge, de hermosa manera, el sentido de esta efemérides del espíritu. Su diseño elocuente ha dispuesto en el centro una imagen del joven Juan Ramón que se difumina entre las columnas que bordean uno de los pasillos del cuadrángulo de nuestra Universidad. Como ocurre en los óleos impresionistas, tan afines a la

<sup>1</sup> Alfonso Alegre Heitzmann: “Introducción”, Juan Ramón Jiménez, *Lírica de una Atlántida*. Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999, p. 11.

<sup>2</sup> Op. cit., p. 21.

poesía de Juan Ramón, el rostro del poeta en el trasfondo se dispersa cuando el espectador se acerca al cartel, y se acentúa y define conforme nos alejamos de la obra. El artista Jiménez Ferrer ha procurado, de esta forma, evocar la memoria del Juan Ramón de principios del siglo XX, el de la “primera época”, que diría el propio poeta, señalada por su primera visita a Madrid, en 1900 y su primer viaje a Francia algunos años después; el Juan Ramón de la revista *Helios* y de los versos de *Ninfeas*, que hoy evocamos. El mismo que, unos años antes, se había enamorado en Sevilla de Rosalina, la hija del puertorriqueño Salvador Brau.

En el plano inferior derecho del cartel avanza hacia el espectador, añadiendo su sombra a las del claroscuro del pasillo, el Juan Ramón del primer lustro de la década del cincuenta; el de la tercera época puertorriqueña, el de *Los ríos que se van*. Jiménez Ferrer logra de este modo en su cartel transmitir un sentido de totalidad, de obra y vida cumplidas y perfectas, pero moviéndose en el tiempo, desde un pasado siempre presente, en rumbo de posteridad. Los tonos sepias le imparten al trabajo una atmósfera añeja de daguerrotipo, de foto vieja, que contrasta con los medios reales de su realización: la pintura computadorizada, las imágenes digitalizadas. De este modo, Edgar Jiménez Ferrer se acerca a uno de los ideales estéticos del arte juanrramoniano: la invisibilización de la forma y de los medios. Tradición y modernidad, transmutadas en la oferta siempre fresca y nueva de la Obra.

Este cartel halagaría al poeta, no sólo por la fineza de su ejecución y la pureza de su lirismo sobrio, sino porque las artes gráficas, particularmente, la pintura, el dibujo y el diseño tipográfico constituyeron, después de la poesía, la otra gran pasión artística de Juan Ramón. Ángel Crespo, otro poeta español que anduvo extraviado en nuestra Isla, ha escrito un libro minucioso sobre la relación de Juan Ramón Jiménez con la pintura.<sup>3</sup> Refiere allí que desde niño Juan Ramón necesitó expresarse mediante la línea y el color. Mozo ya, estudió pintura en Sevilla, en el taller de Salvador Clemente. Pintó y dibujó mucho, por temporadas, en su Moguer natal. En Madrid, trabó

<sup>3</sup> *Juan Ramón Jiménez y la pintura*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1974.



amistad con los pintores de su tiempo y fue crítico de arte. Entre 1916 y 1925 realizó una serie de dibujos sobre sus propios poemas y sobre su tema favorito, la mujer desnuda. El poeta fue además un talentoso diseñador de libros para la Editorial Calleja y para la Residencia de Estudiantes, en Madrid. Antes de su exilio americano, Juan Ramón dirigió muchas revistas literarias que, aunque de corta vida, se distinguieron por su gran calidad tipográfica combinada con los dibujos de artistas españoles y de otros países residentes en España. Ya en América, después de 1936, Juan Ramón abandonó casi por completo su vocación pictórica hasta que en Puerto Rico, a principios de la década del cincuenta, el interés del poeta por las artes plásticas se renovó en un proyecto con afán didáctico y cultural.

Juan Ramón Jiménez fue uno de los proponentes de la idea de un Museo de Bellas Artes para la Universidad de Puerto Rico. Desde 1949 existía un "Proyecto para la creación de un Museo de Arqueología, Historia y Arte en la Universidad de Puerto Rico" que procuraba albergar la crecida y errante colección de obras y objetos que el profesor Rafael W. Ramírez utilizaba en sus cursos de Historia de Puerto Rico, desde la década de 1920. A esta iniciativa se sumó la del poeta, no sé si de manera espontánea o persuadido por la ocasión. El caso es que a principios de la década del cincuenta el poeta le escribió al Rector Jaime Benítez en estos términos: "Puerto Rico es un país de excepcional naturaleza artística, tanto en el paisaje como en la jente; tiene una gran capacidad inspiradora para el pintor, el poeta, el músico... Desde que vine por primera vez a esta isla me fascinó la prodijiosa intuición de sus niños para pintar. Si estos niños se desarrollan como artistas, necesitan ver obras maestras pictóricas y no pueden viajar para visitar los museos extranjeros... Los libros es fácil tenerlos en casa; también los discos musicales. Es mucho más difícil poseer una colección particular de cuadros. Por todo esto Puerto Rico necesita un Museo de Bellas Artes".

La iniciativa del poeta, la voluntad del Rector y los esfuerzos de la comunidad universitaria coincidieron en la inauguración de la primera sala del Museo de la Universidad, localizada en el edificio que hoy alberga las oficinas del Registrador y entonces servía como Sala de Lecturas de Estudios Generales.

Se conmemoraba así el cincuentenario de la Universidad. En 1959 se inauguró este edificio en obras que hoy nos acoge, el primero diseñado en nuestro país con funciones específicas de Museo. Juan Ramón Jiménez hubiera estado feliz admirando la moderna arquitectura tropical de Henry Klumb y la exhibición de pinturas de Francisco Oller que se instaló para la ocasión.

En el cartel de Edgar Jiménez Ferrer, Juan Ramón camina, como escuchando una música cálida, por un pasillo del cuadrángulo aledaño a la antigua Biblioteca, que cedió sus espacios para la fundación del primer Museo universitario soñado por el poeta. El poder de la poesía ha querido que en la celebración del Centenario de la Obra Literaria de Juan Ramón coincidan, en misteriosa confluencia, el arte digital de Edgar Jiménez Ferrer, que Juan Ramón, innovador profundo, hubiera celebrado, la voluntad conmemorativa de nuestro Sistema de Bibliotecas, custodio del valioso acervo que lleva los nombres del poeta y su esposa y estos espacios amables del Museo que él ayudó a fundar. Es así como los dioses del Libro, la Pintura y la Poesía nos acompañan hoy.

J.L.V.

